

Mathilda
Mary Shelley

colecciónnotraslatitudes

Mathilda

Mary Shelley

Traducción de
Anne- Marie Lecouté

Nørdicalibros
2023

Título original: *Mathilda*

- © De la traducción: Anne-Marie Lecouté
- © De esta edición: Nórdica Libros, S. L.
Doctor Blanco Soler, 26 - CP: 28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: agosto de 2023

ISBN: 978-84-19735-73-7

Depósito Legal: M-27016-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gracel Asociados

(Madrid)



Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra, Ana Patrón y
Susana Rodríguez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CAPÍTULO I

No son más que las cuatro, pero es invierno y el sol ya se ha puesto. Ninguna nube refleja ya sus rayos oblicuos en el cielo claro y helado, pero el aire se tiñe de un ligero color rosado que todavía brilla sobre el suelo cubierto de nieve. Vivo sola en una casita perdida en un paraje inmenso y solitario. No me llega ningún eco de vida. Ante mis ojos, la llanura desolada está cubierta de blanco, y encima de las pequeñas colinas abruptas desde donde se desliza la nieve, más escasa aquí que en terreno llano, se advierten solamente unas cuantas manchas negras que han aparecido bajo el efecto del sol del mediodía. Algunos pájaros atacan con su pico el duro hielo que cubre los estanques; ha helado sin cesar.

Extraño estado mental el mío. Estoy sola, absolutamente sola en el mundo, el azote del destino ha acabado con mi vida. Sé que voy a morir y me siento feliz, alegre. Siento que me late el pulso y pongo mi mano flácida sobre mi mejilla febril. En mí se agita una mente vivaz y ligera que emite las últimas señales de vida. No veré nunca más las nieves de un nuevo invierno, no sentiré nunca más, lo sé, el calor vivificante de un nuevo verano, y con esta certidumbre empiezo a escribir mi trágica historia. Sin duda alguna una historia como la mía debería desaparecer conmigo, pero un

sentimiento indefinible me empuja, y estoy demasiado débil de cuerpo y de espíritu para resistir al menor impulso. Cuando la vida era vigorosa en mí, estaba segura de que su sacrílego horror haría imposible contar esta historia, pero puesto que ahora muero, profano el terror místico que ella me inspira. Así es el bosque de las Euménides donde solo los moribundos son admitidos. Y ahora Edipo va a morir.

¿Pero qué estoy escribiendo? Necesito centrar mis ideas. No sé de nadie que vaya a leer de cabo a rabo estas páginas, salvo Ud., amigo mío, que las recibirá a mi muerte. No se las dedicaré a Ud. solo, porque disfrutaré guardando el recuerdo de nuestra amistad de un modo que resultaría imposible si fuera Ud. el único lector de lo que voy a escribir. Por eso contaré mi historia como si la dirigiese a todos.

Ud. me ha preguntado a menudo la causa de esta reclusión mía, de estas lágrimas, y sobre todo de este silencio impenetrable y tan poco amistoso. Viva, no osé hacerlo. Moribunda desvelo el misterio. Algunos hojearán distraídamente estas páginas, mientras que a Ud., Woodville, mi querido y tierno amigo, le resultarán entrañables. Conservan los preciosos recuerdos de una hija con el corazón roto, que a la hora de la muerte siente todavía el calor de la gratitud que le profesa. Sí, lo sé, sus lágrimas caerán sobre estas palabras que narran mis infortunios, y mientras siga con vida, le agradeceré su compasión. Pero ¡ya es suficiente! Empecemos este relato. Será mi última tarea: ojalá tenga fuerzas para llevarla a cabo. No tengo ningún crimen que confesar. Se me perdonarán fácilmente mis faltas, que no proceden de una intención maligna, sino más bien de una falta de discernimiento. Creo que muy pocos podrían vanagloriarse de haber sabido, mediante otra conducta o un juicio más acertado, evitar las desgracias de las que soy

víctima. La Necesidad, la espantosa Necesidad condujo mi destino. Hubiera hecho falta otra energía, mayor que la mía, más potente, supongo, que cualquier fuerza humana, para romper las cadenas invencibles que me sujetaban... A mí, que fui animada únicamente por la alegría, poseída para siempre por un amor ardiente y que veneraba el bien: heme aquí miserable y a punto de morir. Pero no hablemos más de mí, nada está escrito todavía. Procuremos dejar de lado los ahora penosos, oscuros y sombríos sentimientos para recordar los del ayer, más intensos.

Nací en Inglaterra. Mi padre era un hombre de alta alcurnia. Después de perder muy joven a su propio padre, fue educado por una madre débil que le prodigó toda la indulgencia que, creía, se le debía a un gentilhombre. Lo enviaron a Eton, luego a la universidad. Muy pronto dispuso de importantes sumas de dinero, lo que le permitió, desde muy joven, gozar de la independencia que un adolescente bien nacido suele adquirir en sus años de colegio.

Así fue como sus pasiones encontraron un suelo fértil donde echaron raíces y crecieron, pudiendo convertirse en buenas o malas hierbas. Libre de actuar a su antojo, pronto se forjó un carácter fuerte y firme, cuyas diversas facetas podían revelar, a quien tuviera buen ojo, el germen de sus virtudes y asimismo de sus infortunios. Despreocupado y pródigo, dilapidaba sumas enormes para satisfacer caprichos a los que llamaba pasiones por su fuerza, y muchas veces dio prueba de una generosidad sin límite. Pero mientras no dejaba de preocuparse por las necesidades de los demás, sus propios deseos se veían satisfechos en su más amplia medida —no por prodigar su dinero sacrificaba sus propios deseos—. Del mismo modo actuaba con su tiempo, que entregaba sin reservas, y con su amistad, a la que con gusto ponía a prueba en cualquier circunstancia.

Lejos de mí pretender que sus propios deseos compitieran con los de los demás, hubiese sido prueba de un egoísmo indebido. Nunca nadie le enjuició de este modo. Crecido en la prosperidad, fue venerado por todos sus favores, todos le querían y deseaban su felicidad. Si siempre tuvo a bien favorecer los placeres de sus amigos, fue porque estos eran los suyos propios. Si prestó más atención de la usual a los sentimientos de los demás, fue porque su carácter sociable le impedía disfrutar si no veía las caras que le rodeaban tan despreocupadas como la suya. Por emulación tanto como por disposición natural, ocupó en el colegio un lugar privilegiado entre sus compañeros. En la universidad, desconfió de los libros, convencido de que había otras cosas que aprender que las que le podían enseñar esos libros. En el momento de entrar en la vida universitaria, era todavía lo bastante joven como para considerar los estudios una traba para escolares, que como máximo los protegían de los daños de la insumisión, pero sin relación alguna con la vida real, para la cual las cualidades de jinete o de jugador le parecían infinitamente preferibles. Muy pronto, pues, llevó una loca vida estudiantil sin que su corazón, que ya estaba demasiado bien formado, se viera contaminado: podía ser superficial, pero nunca era insensible. Fue un amigo sincero y compasivo, pero no encontró nunca a nadie igual o superior a él que pudiera ayudarle a desvelar su propia alma o superar su antiguo modo de pensar para descubrir uno nuevo. Pensaba que tenía una inteligencia más rápida que la de los que le rodeaban, y su talento, su rango y sus bienes le colocaban a la cabeza de su círculo social: se sentía no solamente satisfecho de ello sino también orgulloso, y veía en este estado de cosas la única aspiración digna de él. Por una extraña deformación mental, no tomaba en cuenta el universo más que en la estricta medida en que estaba relacionado o

no con su mundillo. Si su círculo de íntimos desacreditaba una opinión, al instante la encontraba sospechosa y pasada de moda, y si en ocasiones se mostraba dogmático, temía al mismo tiempo no mostrarse acorde con los únicos sentimientos que juzgaba ortodoxos. A los ojos de todos parecía muy poco preocupado por la maledicencia, y no se dignaba ni siquiera considerar los prejuicios del vulgo, pero mientras se movía triunfalmente por encima del resto del mundo, se hacía diminuto con una humildad que no quería confesar ante aquella sociedad de la que él era el jefe, y jamás osaba expresar una opinión o un sentimiento sin estar seguro de la aprobación de sus compañeros.

Y sin embargo, tenía un secreto que mantenía oculto ante sus queridos amigos, un secreto que guardaba desde su más tierna edad, y que no hubiera confiado jamás, ni a la discreción ni a la amistad de ninguno de ellos aunque los quisiera. Amaba. Temía que la intensidad de su pasión se convirtiera para ellos en objeto de burla, y no podía sufrir que tomaran por un asunto trivial o un capricho lo que él consideraba como su vida misma.

Cerca del castillo de su familia vivía un caballero de pequeña fortuna, que tenía tres hijas encantadoras. La mayor era la más bella, y su belleza no hacía más que realzar sus otras cualidades: junto con una inteligencia viva y penetrante, tenía la dulzura de un ángel. Desde su tierna infancia, Diana fue la compañera de juego de mi padre, cuya madre también se encariñó con la niña. Este sentimiento no hizo más que aumentar cuando creció aquella hermosa joven llena de vida. Pasaron todas sus vacaciones juntos, desde el parvulario hasta el colegio.

Él, que era tan sensible a toda suerte de influencias, había sido particularmente marcado por las novelas románticas y por todos los demás medios que permiten a la juventud de

nuestro mundo civilizado imaginarse las pasiones, antes de vivirlas realmente. A los once años, Diana era su compañera de juegos favorita —pero él ya le hablaba el lenguaje del amor—. Aunque ella tenía casi dos años más que él, el tipo de educación que recibía la hacía más niña, por lo menos en lo que se refiere al análisis y la expresión de los sentimientos. Aceptaba sus declaraciones con inocencia y se las retornaba sin saber lo que significaban: no había leído ninguna novela, y había vivido solamente en compañía de sus hermanas más jóvenes; ¿qué podía saber de la diferencia entre el amor y la amistad? Pero cuando su conciencia, al desarrollarse, le reveló la verdadera naturaleza de sus relaciones, sus sentimientos ya la habían comprometido con su amigo, y todo lo que pudo temer fue que la inconstancia, u otras tentaciones, le hicieran romper sus promesas infantiles.

Pero aquellos sentimientos fueron incrementándose día a día en ardor y ternura. Era una pasión que había crecido junto con él, abrazando tan íntimamente cada una de sus facultades y de sus emociones que no podía apagarse sino con su vida. Solo sus dos corazones conocían aquel amor. Y aunque en este terreno, al igual que en otros muchos, temía el veredicto de sus compañeros —pues amaba a alguien con menos fortuna que él—, nada pudo quebrantar ni un instante su determinación de unirse a ella, tan pronto como tuviera el valor necesario para afrontar dificultades que tenía la firme intención de superar. Diana era verdaderamente digna de su mayor afecto. Pocos podían presumir de un corazón tan puro, de una humildad de alma tan grande y tan poco fingida, y de una confianza total tanto en su integridad como en la de los demás. Desde su nacimiento, había llevado una vida retirada. Muy pequeña había perdido a su madre, pero su padre se había dedicado a su educación. Una multitud de ideas muy precisas influenciaron el sistema que

adoptó a este respecto. Ella vivía en compañía de los héroes de Grecia y Roma, y de los de Inglaterra, desaparecidos hacía varios centenares de años, mientras ignoraba prácticamente los acontecimientos cotidianos de su tiempo. Había leído a pocos autores de los últimos cincuenta años, pero aparte de esto, el campo de sus lecturas era muy extenso. Y aunque parecía menos iniciada que su padre en los misterios de la vida y del mundo, su saber era de naturaleza más profunda y se apoyaba sobre bases más sólidas. Así pues, aun cuando a él no le hubiesen fascinado su belleza y su dulzura, su inteligencia no hubiera dejado de cautivarle. Él la consideraba como su guía, y su adoración era tal que disfrutaba engrandeciendo su espíritu con el sentimiento de inferioridad que a veces ella le inspiraba.

Cuando él tuvo diecinueve años, su madre murió. Entonces dejó la universidad, y alejándose por un tiempo de sus antiguos compañeros, se retiró cerca de Diana, que le prodigó toda clase de consuelos con su dulce voz y sus tiernas caricias. Esta breve separación de sus compañeros le dio valor para afirmar su independencia. Tenía la impresión de que, si bien podían reírse de sus proyectos de matrimonio, no se atreverían a hacerlo ante el hecho consumado. Así fue como pidió primero el consentimiento de su tutor, que obtuvo con dificultad, luego el del padre de su amada, que se lo concedió más fácilmente, y sin haber avisado a nadie más de sus intenciones, se convirtió, en su vigésimo cumpleaños, en el marido de Diana.

La amaba con pasión, y la ternura que ella le manifestaba le mantenía tan hechizado que solo ella ocupaba su mente. Invitó a algunos de sus amigos de la universidad a visitarle, pero su frivolidad le disgustó. Diana había roto el velo que hasta entonces le había mantenido en la infancia: convertido en un hombre, se extrañó de haber podido

compartir los discursos de ellos y sus ideas preconcebidas, e igualmente de haber podido por un momento temer su crítica. Así pues se deshizo de estas antiguas amistades, no tanto por inconstancia sino porque, de hecho, se habían vuelto indignas de él.

Su corazón entero estaba lleno de Diana, y le parecía que, mediante esta unión, había adquirido un alma nueva y mejor. Ella era la inspiración que le indicaba los verdaderos fines de la existencia: así pudo, gracias a sus dulces enseñanzas, renunciar a sus antiguas aspiraciones para convertirse poco a poco en un hombre entre los hombres, un miembro distinguido de la sociedad, un patriota, y finalmente, un enamorado iluminado por la virtud y la verdad. La amaba por su belleza y por su bondad, pero sin duda la amaba más todavía por lo que estimaba ser su sabiduría superior. Estudiaban juntos, juntos montaban a caballo, jamás se separaban y raras veces admitían a una tercera persona en su compañía. Así fue como mi padre, que nació en la abundancia y gozó siempre de prosperidad, llegó, sin las dificultades que suelen encontrar los humanos en su camino, a la cima de la felicidad.

Todo a su alrededor era sol radiante, y las nubes, cuyas formas encantadoras resultaban sublimes a la vista, solo estaban allí para ocultar a sus ojos la triste realidad subyacente. En un instante fue derribado de este pináculo deslumbrante, cuando inconscientemente se congratulaba por su felicidad. Quince meses después de su boda, yo nací y mi madre murió a los pocos días.

Una hermana de mi padre, hija de un primer matrimonio de su propio padre, se encontraba a su lado: tenía casi quince años más que él. Cuando murió su padre, esta hermana fue a vivir con su familia materna: los dos hermanos se habían visto raras veces, y por su naturaleza, eran

totalmente opuestos. Esta tía a la que confiaron mi custodia me contó muchas veces el efecto que tuvo esta catástrofe sobre el carácter fuerte y sensible de mi padre. Desde el instante en que murió mi madre hasta la hora de su partida, jamás se le oyó pronunciar una palabra. Se había hundido en la melancolía más sombría y no prestaba atención a nadie. A veces lloraba durante horas, o se dejaba invadir por una desesperación terrible. Las cosas externas habían perdido su realidad para él, solo salía de su estado de postración y de muda desesperanza en una circunstancia: no quería verme de ningún modo. Si mi tía, para intentar despertar su sensibilidad, me llevaba a la habitación, él, que parecía no notar la presencia de nadie, se levantaba de un salto para salir, fuera de sí y furioso.

Al cabo de un mes abandonó repentinamente la casa, y, sin ningún criado, dejó el país sin informar a nadie por escrito o de palabra. Solo una carta fechada en Hamburgo informó a mi tía de su suerte. Cuántas veces habré llorado sobre esta carta que fue, hasta mis dieciséis años, la única reliquia que me recordaba a mis padres. «Perdonadme», decía, «por el trastorno que inevitablemente os causo, pero mientras estuve en esta isla maldita donde todo respira el alma de la que he perdido para siempre, me sentí poseído por un maleficio. Ahora está roto: he dejado Inglaterra para muchos años, quizás para siempre. Pero para convenceros de que no me absorbe totalmente la preocupación por mí mismo, me quedaré en esta ciudad hasta que hayáis hecho, por carta, todos los arreglos que juzguéis necesarios. Cuando salga de esta ciudad, no esperéis recibir más noticias mías: debo romper todos los lazos que existen hoy. Que me convierta en vagabundo, en miserable proscrito —¡solo! ¡solo!».

En otra parte de la carta, hablaba de mí: «En cuanto a ese pequeño ser desafortunado al que no he podido ver y

que apenas me atrevo a evocar, la dejo bajo vuestra protección. Tened cuidado de ella, y queredla: algún día quizás pueda reclamárosla... , pero el porvenir parece sombrío: haced, pues, que el presente le sea grato».

Mi padre se quedó tres meses en Hamburgo. Cuando dejó esa ciudad, cambió de nombre, y mi tía no pudo averiguar nunca el que adoptó: indicios ínfimos le hicieron pensar que viajaba hacia Alemania, Hungría y Turquía. Así pues, aquella personalidad elevada, que había suscitado tanto interés y tan vivas esperanzas en todos los que le habían conocido y habían podido apreciarle, desapareció repentinamente, como si hubiera muerto. A partir de aquel momento, no existió más que para sí mismo. Sus amigos solo guardaron de él una brillante visión desaparecida para siempre jamás. El recuerdo de lo que había sido se fue borrando con los años, y aquel que fue, en un momento dado, parte de ellos y de sus esperanzas, dejó de pertenecer al mundo de los vivos.

CAPÍTULO II

Ahora hablemos de mí. De los primeros momentos de mi vida poco hay que decir, y seré breve. Pero permítanme que me extienda un poco sobre los años de mi infancia. Así se verá, una vez defraudadas mis esperanzas, lo que fue la vida para mí, y cómo, habiéndose desvanecido el único afecto que me fue dado, mi existencia se apagó junto con él.

Dije ya que mi tía era muy diferente de mi padre. Creo que, sin la menor huella de maldad, tenía el corazón más frío que cualquier ser en el mundo: estaba totalmente incapacitada para el cariño. Me tomó bajo su protección, pues consideraba que tal era su deber, pero había estado viviendo demasiado tiempo sola, sin que la molestaran el balbuceo y el ruido de un niño, para soportar que yo perturbara su serenidad. Nunca había estado casada, y había permanecido aquellos cinco últimos años totalmente sola en una finca en las orillas del Loch Lomond, en Escocia, finca que había heredado de su madre. Mi padre, en sus cartas, había expresado el deseo de que residiera conmigo en su finca familiar, situada en una espléndida campiña cerca de Richmond, en Yorkshire. Pero ella no aceptó, y tan pronto como hubo resuelto los asuntos ocasionados por la partida de su hermano, dejó Inglaterra, y me llevó con ella a su finca de Escocia.

La custodia del bebé que yo fui recayó, hasta mis ocho años, en una criada de mi madre que nos acompañó con

este fin en nuestro destierro. Me colocaron en un lugar retirado de la casa para que no viera a mi tía más que a horas fijas, es decir, dos veces al día. Una vez, hacia las doce del mediodía, era ella la que venía a mi habitación; la otra vez, me llevaban a verla después de la cena.

Jamás me prodigó caricias, y durante todo el rato que yo pasaba en sus habitaciones, parecía temer que la molestase con algún capricho infantil. Mi buena nodriza me aleccionaba siempre cuidadosamente antes de aventurarnos en el salón, pero el miedo que me inspiraban las miradas frías y las pocas palabras forzadas de mi tía era tal, que raras fueron las veces en que desobedecí las instrucciones y perdí la inmovilidad ejemplar que me habían enseñado a guardar durante aquellas cortas visitas.

Bajo la custodia de mi buena nodriza corría libremente en nuestro parque y en los campos vecinos. Retoño del amor más grande, di prueba desde mi más tierna edad de una extrema sensibilidad anímica. No puedo explicar la pasión con la que amaba todas las cosas que me rodeaban, aunque fuesen inanimadas. Creo que tuve un cariño especial por cada uno de los árboles de nuestro parque; cada animal que allí vivía me conocía y era amado por mí. La eventualidad de su muerte llenaba de dolor mi corazón de niña. No puedo contar la cantidad de pájaros que salvé durante los largos y rigurosos inviernos de aquel clima, ni los conejos y las liebres que defendí de los perros o cuyas heridas cuidé.

Tenía siete años cuando mi nodriza me dejó. Ahora no recuerdo la razón de su partida, si es que la supe alguna vez. Ella volvió a Inglaterra, y las amargas lágrimas que vertió al irse fueron durante muchos años las últimas que vi verter por mi causa. Mi pesar fue terrible, pues era mi única amiga en el mundo. Poco a poco, me reconcilé con mi soledad, pero nadie ocupó su lugar en mi corazón.

Habitaba un país desolado donde: «No había nadie a quien glorificar y muy poco que amar».¹

La verdad es que, en aquella época, veía más a menudo a mi tía, pero ella era de todas maneras un ser asocial y, para una niña tímida, se parecía a una planta recubierta por una espesa capa de hielo: me hubiese desgarrado las manos intentando alcanzarla. Así pues me encontraba totalmente entregada a mis propios recursos. Contrataron al vicario de la región para darme lecciones de lectura, de escritura y de francés, pero él no tenía familia y sus maneras eran, incluso para mí, del todo características de la profesión en la cual brillaba ante todo, la de maestro de escuela. Intenté alguna vez entablar amistad con la más atractiva de las niñas del pueblo vecino, pero me parece que, aun cuando mi tía no se hubiese interpuesto con su autoridad para impedir todo contacto entre los campesinos y yo, nunca lo hubiese conseguido. Ella temía que hablase escocés o cogiese el acento. La verdad es que ya lo tenía un poco, a pesar de los esfuerzos que hacían para que mi forma de hablar no deshonrase mis orígenes ingleses. Cuando crecí, mi libertad se incrementó a la par que mis deseos, y mis vagabundeos me llevaron fuera de nuestro parque, hacia la campiña de los alrededores. Nuestra casa estaba situada en las riberas del lago, y el césped llegaba hasta el agua. Erraba a la aventura en el decorado salvaje de este maravilloso país, y me convertí en una auténtica montañesa: pasaba horas en el borde del precipicio que sobresalía dominando una cascada, o bien llevaba yo misma mi pequeña barca hacia una de las islas. Erraba hasta el infinito en aquellas exquisitas soledades, recogiendo una flor tras

¹ Wordsworth. (*N. de la T.*).

otra: «Ond'era pinta tutta la mia vía»,² cantando como podía las canciones del país, o sumergida por entero en mis dulces sueños. Mi mayor placer era gozar de un cielo sereno en aquellos bosques verdosos, aunque me gustaban todos los cambios de la Naturaleza: la lluvia, la tormenta, las maravillosas nubes del cielo traían consigo sus delicias. Arrullada por las olas del lago, mi mente se elevaba triunfante, como un jinete sintiendo con orgullo los movimientos de su bien alimentado corcel.

Pero no obtenía placer más que de la contemplación de la Naturaleza, puesto que no tenía amigos: al no encontrar respuesta en el corazón de los humanos, mis cálidos afectos se veían forzados a perderse en objetos inanimados. A decir verdad, sin embargo, lloraba a veces cuando mi tía recibía mis caricias con disgustada frialdad y cuando, a mi alrededor, no encontraba a nadie para amar. Pero pronto sequé mis lágrimas al crecer y los libros vinieron, en cierta medida, a sustituir los contactos humanos. La biblioteca de mi tía era muy escasa: Shakespeare, Milton, Pope y Cowper eran los poetas curiosamente asociados en su colección. Entre los autores de prosa, mis favoritos eran una traducción de Tito Livio y una historia antigua de Rollin. No obstante, a medida que iba saliendo de la infancia, empecé a encontrar interesantes otros que, antes, había descuidado por considerarlos aburridos.

Cuando tuve doce años, mi tía pensó que debía aprender música: ella misma tocaba el arpa. Con mucha indecisión, llegó a la conclusión de que tenía que asegurar mi instrucción: juzgando necesaria para mi educación la realización de este proyecto, sopesó los inconvenientes de su

² Dante. (*N. de la T.*)

participación con los de tener a alguien en casa para darme lecciones, y finalmente optó por la primera solución. Me compraron un arpa con el fin de que mi trabajo no incomodara el suyo, y comencé.

Me encontró dócil, y una vez adquiridas las primeras nociones, resulté ser una alumna dotada. El arpa fue para mí una compañera en los días de lluvia, un dulce consuelo cuando algún acontecimiento triste me alteraba. Muchas veces me dirigía a ella como a mi única amiga. Podía desahogar en ella mis esperanzas y mis amores imaginándome que sus dulces acordes me respondían. Ya está, he mencionado todos mis estudios. Fui un ser solitario, y desde mi niñez, tanto como después de que se fuera mi amada nodriza, fui una soñadora. Daba vida a Rosalinda, Miranda y a la dama de Come para hacer de ellas mis compañeras, o bien representaba su papel en mi isla imaginándome en su situación. Unas veces me perdía en las quimeras de los demás, otras veces establecía relaciones de amistad e intimidad con las creaciones etéreas de mi propio cerebro. Pero apegándome a la realidad, daba un nombre a aquellos personajes imaginarios, y los cultivaba con la esperanza de que se volvieran reales.

Permanecía ligada al recuerdo de mis padres: a mi madre no la veía nunca, estaba muerta; pero la imagen de mi desafortunado padre errante era el ídolo de mi imaginación. Había canalizado todos mis afectos hacia él. Descubrí una miniatura suya que contemplaba sin cesar. Había copiado su última carta para leerla una y otra vez. A veces esto me hacía llorar, y otras repetía estas palabras con entusiasmo: «Algún día quizás pueda reclamárosela». Yo sería su consuelo, su compañera de los años venideros. Mi visión favorita era que, cuando hubiese crecido, dejaría a mi tía, cuya frialdad tranquilizaba mi conciencia, y, disfrazada de muchacho,

buscaría a mi padre por el mundo. Mi imaginación se fijaba en la escena de reconocimiento que tendría lugar gracias a la miniatura que llevaba siempre expuesta en mi pecho. Algunas veces, ocurría en un desierto, o en una ciudad populosa, en un baile, quizás nos encontraríamos en un navío. Sus primeras palabras eran siempre las mismas: «¡Hija mía, cuánto te quiero!». ¡Cuántos momentos de éxtasis habré tenido con estos sueños! ¡Cuántas lágrimas habré vertido! ¡Y cuántas veces pude reírme en alta voz!

Tal fue mi vida durante dieciséis años. A los catorce y quince años, pensé muchas veces que había llegado el momento de empezar esta peregrinación que, embaucándome a mí misma, consideraba ser mi absoluto deber. Pero la reluctancia por dejar a mi tía, el remordimiento por el disgusto que, sin poder ocultármelo, le daría para siempre, me retuvieron. En ocasiones, habiendo previsto mi evasión para el día siguiente por la mañana, una palabra de su parte, más afectuosa que de costumbre, me obligaba a aplazar mis proyectos. Me hacía a mí misma amargos reproches por lo que llamaba mi culpable debilidad, pero esta debilidad volvía cada vez que se acercaba el momento crítico, y nunca tuve valor para irme.

CAPÍTULO III

Cuando cumplí dieciséis años mi tía recibió una carta de mi padre. No puedo describir el tumulto de emociones que me asaltaron tras su lectura. Estaba fechada en Londres: ¡había vuelto! No pude expresar mis sentimientos más que con lágrimas, lágrimas de una alegría sin sombra. Había vuelto, y escrito para saber si mi tía iría a Londres o si él debía venir a verla a Escocia. ¡Cuánta ilusión me hicieron las palabras que en su carta se referían a mí! «No puedo deciros», decían, «con qué anhelo deseo ver a mi Mathilda: ella es para mí la que hará la felicidad de mi vida futura, todo lo que existe en el mundo y me importa. Apenas puedo dominar el deseo de correr hacia vos, pero asuntos de suma importancia me retienen aquí por una semana, y escribo con la esperanza de que si venís aquí os podré ver un poco más pronto».

Leí estas líneas con avidez, las besé, lloré sobre ellas y grité: «Sí, me querrá».

Mi tía no quiso emprender tan largo viaje, y quince días más tarde, recibimos otra carta de mi padre, fechada en Edimburgo: decía que estaría con nosotras tres días después. Cuanto más se acercaba —escribía—, más ardiente se hacía su deseo de verme, e intuía que el momento en que me tomase en sus brazos sería el más feliz de su vida.

¡Cuán duros me resultaron aquellos días! No podía comer ni dormir, no hacía más que leer y volver a leer la carta

y, en la soledad de los bosques, imaginaba el momento de nuestro encuentro. La víspera del tercer día me retiré temprano a mi habitación. No pude dormir, me pasé la noche dando vueltas en mi cuarto, y contemplé, cosa que puede hacerse en Escocia en el solsticio de verano, el sol carmesí orillando el horizonte septentrional en su recorrido. Al alba, me fui corriendo a los bosques, y las horas pasaron mientras me abandonaba a mis sueños insensatos que dieron alas al indolente paso del tiempo y entretuvieron mi loca impaciencia. Mi padre iba a llegar al mediodía, pero cuando quise volver para ir a su encuentro, me di cuenta de que me había perdido, y aparentemente todos mis esfuerzos para encontrar mi camino me sumieron más en el dédalo de los bosques mientras los árboles ocultaban todas las huellas que hubieran podido guiarme. Me puse nerviosa, lloré y me reforcé las manos, pero no pude orientarme.

Eran más de las dos cuando a la vuelta de un camino me encontré frente al lago, cerca de una caleta donde había una barquita amarrada: no estaba lejos de casa, y en el césped vi a mi padre y mi tía caminando juntos. Entré de un salto en la barca y, experta en este tipo de hazañas, la alejé de la orilla reuniendo todas mis fuerzas para cruzar el lago remando. Cuando me vio llegar, vestida de blanco, con la cabeza cubierta con mi única gorra escocesa y el pelo flotando sobre mis hombros, volando entre las olas, llevando mi barca a una velocidad apenas creíble, le recordé más a una aparición que a una criatura humana, solía decirme mi padre. Llegué a la orilla, mi padre sujetó la barca, salté y al instante estuve en sus brazos.

Entonces fue cuando empecé a vivir.

Todo a mi alrededor cambió, todo dejó de ser tétrico y uniforme para convertirse en un esplendoroso escenario de alegría y encanto. La felicidad que viví en compañía de mi

padre superaba con mucho mis esperanzas más insensatas. Estábamos juntos para siempre y nuestros temas de conversación eran inagotables. Él había pasado sus dieciséis años de ausencia en las naciones casi desconocidas de Europa, había recorrido Persia, Arabia, la India del Norte y se había mezclado con los indígenas con una libertad de la que muy pocos europeos habían disfrutado. Las narraciones de costumbres, las anécdotas y descripciones de paisajes nos hacían pasar horas deliciosas cuando nos hallábamos cansados de hacer proyectos sobre nuestra vida futura.

Este tono de cariño era tan nuevo para mí que saboreaba con deleite sus palabras cuando decía lo que había sentido respecto a mí durante todos aquellos años de aparente olvido: «Al principio», explicaba, «no podía soportar pensar en mi pobre hijita, pero más adelante, cuando se alivió mi pesar y la esperanza volvió a mí, no pude sino volverme hacia ella: en medio de las ciudades y de los desiertos veía su carita de hada, tal como la imaginaba, pasar volando delante de mí. La brisa del norte que me refrescaba me era más suave si parecía traer consigo un poco de tu espíritu. Muchas veces, pensé volver sin más demora para llevarte conmigo a una isla donde hubiéramos vivido en paz para siempre. En el camino de vuelta mis fervorosas esperanzas se veían aniquiladas por temores variados, y mi impaciencia me hacía sufrir al máximo. No osaba pensar que el sol podía brillar y la luna alzarse, no sobre mi hija viva, sino sobre mi hija en la tumba. Pero no, no es así, y tengo a mi Mathilda, mi consuelo, mi esperanza».

Según la descripción que hacía de sí mismo mi padre antes de sus infortunios había cambiado muy poco. ¿Pues no son acaso las relaciones con el mundo civilizado, la decepción de las esperanzas, las traiciones de los amigos o los eternos conflictos pasionales los que cambian el alma y enfrían el

fervor de un corazón juvenil? Los vagabundeos solitarios en países salvajes, entre seres de costumbres simples o bárbaras, pueden desgastar el cuerpo pero no consiguen domar el alma ni acallar el vigor ni el ardor de la juventud. El sol abrasador de las Indias y una libertad sin límites habían acrecentado más bien la energía de su carácter. Donde anteriormente se sometía, ya no admitía ahora ninguna prohibición que no le hubiese sido dictada por su propia ley. Había conocido tantas costumbres y tal variedad de creencias morales que se había visto obligado a forjar las suyas propias, independientemente de las del lugar. Por supuesto, sus primeras ideas influenciaron el asentamiento de sus principios, y algunos conceptos mal digeridos de estudiante convivían curiosamente con las deducciones más refinadas de aquella mente penetrante. Durante todo el tiempo en que había permanecido desterrado de su país natal, no había experimentado más que indiferencia por la vida, lo cual tuvo un singular efecto sobre sus ideas. Comparados con los de su juventud, todos aquellos años pasados en el extranjero le parecían curiosamente irreales: todo el tiempo que había pasado fuera de Inglaterra le parecía un sueño, mientras que todo lo que animaba su espíritu y conservaba su afecto pertenecía a los acontecimientos y a los seres que habían existido dieciséis años antes. Era sorprendente ver cómo evocaba todos aquellos años como si se hubieran tratado de una noche de visiones, mientras que sus recuerdos de juventud, muy diferentes de los posteriores, no habían perdido nada de su realidad. Hablaba de mi madre como si hubiese estado viva algunas semanas antes, no porque manifestara un dolor agudo, sino porque la descripción de lo que era, los relatos y las anécdotas que a ella se referían poseían una vida y una nitidez que así lo hacían creer. En todo ello había una extrañeza que me fascinaba y me encantaba: era como si, una vez despierto de su largo sueño alucinatorio, se sintiera